

¿Ha sido una oportunidad para Nicaragua el alza internacional en los precios de los alimentos?



Guillermo Bornemann
*Decano Facultad de Ciencias
Económicas y Empresariales
Universidad Centroamericana*

Aunque recientemente el “boom” en el precio de los alimentos ha mostrado síntomas de agotamiento, en los últimos meses ilusionó a varios observadores económicos, al punto de declararlo una oportunidad para aprovechar y mejorar los ingresos externos del país. Cabe notar que el fenómeno alcista parece no obedecer sustancialmente a los clásicos efectos inflacionarios provocados por el mayor consumo global de alimentos, producto esto a su vez de las mayores rentas de grupos poblacionales del centro y sur de Asia (China e India entre otros), ni a la utilización de materias primas que originalmente se destinaban para la elaboración de alimentos humanos y piensos para animales, ahora reorientados a la obtención de biocombustibles.

En el caso de Nicaragua, estas razones no parecen dar cuenta del problema, pese a que el tema de los biocombustibles y el fenómeno de los países asiáticos se

presenta cada vez más cercano a nuestra realidad. Sin discutir que los fenómenos globales de nuestro tiempo tienen una innegable incidencia en nuestras pequeñas economías nacionales y locales y que hay una inflación global, nuestra realidad presenta sus propias particularidades.

Los condicionantes establecidos por los mercados internacionales y sus consecuentes efectos sobre nuestros pequeños países de la región no terminan de explicar totalmente por qué los precios, para el caso de Nicaragua, están por encima de los reportados en la región centroamericana, donde las similitudes productivas son cercanas. Cabe hacerse la pregunta acerca de qué factor o factores han sido los detonantes para que en Nicaragua el incremento de los precios locales de los alimentos haya marcado una tendencia alcista entre 6 a 8 puntos acumulados por encima de la región centroamericana. Podríamos suponer que nuestra inflación acumulada debería comportarse cerca del 12% (resto de países del área) y no sobre el 20%, tal como se presenta actualmente.

Al observar el manejo de la macroeconomía, podríamos afirmar que el tratamiento gubernamental de la política fiscal y monetaria ha sido conservador. Hasta la fecha se ha mantenido una disciplina financiera que le ha permitido al país sostener los niveles de reservas internacionales, aunque en menor grado la estabilidad de precios, la que se ha erosionado ante la turbulencia de los tiempos actuales. Hasta el momento no es el déficit fiscal el culpable de los incrementos en los precios, los que tampoco se explican totalmente por los efectos de los cambios en el modelo de consumo global. Entonces ¿dónde está la flama que aviva el alza de precios? Si del lado de la demanda no hay factores relevantes para la presión inflacionaria,

tenemos que interrogarnos sobre: a) la especulación en los territorios donde se producen y hacen las transacciones de compra entre corredores y productores locales; y b) si nuestras expectativas adelantando la próxima jugada son racionales o si estamos presos en una fiebre especulativa pensando en que todo va a subir, de forma que anticipamos una escasez y como un mecanismo de defensa del poder adquisitivo estamos acaparando desde ya las existencias de alimentos en los mercados. También cabe preguntarse qué tan contaminada está nuestra racionalidad por el recuerdo de malos gobiernos (hipe rinflación).

Todo lo anterior supone que nuestra oferta de alimentos es principalmente rígida, de forma que pese el incentivo de un precio más alto, la respuesta de una mayor oferta para aprovechar el alza es débil. Esto nos obliga a estudiar el rendimiento en las actividades productoras de alimentos y su creación de valor agregado. Porque, efectivamente, la disyuntiva para el productor está en que, para cosechar más y beneficiarse con el alza de precio de los alimentos deberá ampliar las áreas de cultivo para generar un mayor producto de forma extensiva, o lograr mejorar el rendimiento agrícola e intensificar la producción, manteniendo relativamente las mismas superficies cosechadas. Recordemos que en los pasados años esta primera vía de aumento de la producción de forma extensiva prácticamente se había agotado. ¿Es rentable, además de deseable, para el agricultor intensificar su producción y aumentar su oferta de alimentos? ¿Cuánto le cuesta al país producir bienes agropecuarios a un costo regionalmente competitivo? Bajo este cuestionamiento hay diversas consideraciones, sin embargo me voy a referir a aquellos componentes que me parecen más influyentes.

En primer lugar, haré una breve síntesis del artículo ¿Nos interesa la agricultura?, publicado en nuestra revista ENFOQUE el pasado mes de junio, cuyo autor es el ilustre Dr. Carlos Comas docente - investigador con quien tuve el placer de trabajar. Comas de manera brillante y con la sencillez que le caracteriza, se refiere a la productividad, inspirado en las ideas de Lewis (Nobel 1979) y su “modelo dual”, relaciona el PIB agropecuario actual y la productividad laboral al destacar que el valor del PIB agropecuario, aproximadamente un 20% del PIB nacional (1,0 miles de millones de dólares), se logra mediante la participación de un 35% de la PEA (población económicamente activa del país), es decir que por cada 1% del PIB agropecuario nacional se requiere de 1.75 de la PEA. Esto sí representa un problema real, ya que el esfuerzo del país en términos de trabajo es mayor porcentualmente que su resultado económico. En otros países esta relación es inversa, es decir, se producen más bienes y servicios con menos esfuerzo. Dicho en otras palabras, se trabaja mucho para conseguir muy poco, razón por la cual la producción de alimentos hace años ha dejado de ser atractiva económicamente. Si consultamos la tabla salarial vigente respecto a los salarios mínimos del campo en relación con otras actividades de la economía, concluiríamos en el poco atractivo que tendría para un trabajador común, en términos salariales, mantenerse anclado al campo. Tal situación ha impreso una dinámica migratoria permanente hacia la ciudad o al exterior. El escenario anterior ha derivado en bajos salarios y baja productividad: en resumen, una cadena de desvalor que alienta la migración, profundiza la pobreza en el campo y termina por contribuir al encarecimiento de los bienes producidos localmente. Igual sucede con la relación de uso de los recursos energéticos que adquirimos desde el exterior y su relación con respecto al PIB. El Dr. Adolfo Acevedo ha enfatizado sobre este asunto de manera reiterada, explicando que hace 10 años estábamos generando 24.9 dólares de PIB por cada dólar en compra de petróleo; actualmente la relación ha desmejorado en 5.5 dólares de PIB, lo cual nos muestra el deterioro de la relación de eficiencia productiva y por

ende contribuye al encarecimiento de los productos finales generados. En este punto habría que preguntarse si los consumidores finales, tanto industriales como naturales, estamos contribuyendo a sostener industrias y sectores en general ineficientes.

Lo expresado anteriormente encarece la producción de alimentos y desalienta su producción, ya que se podrían comprar estos bienes y servicios en los mercados regionales de manera más económica. A partir de este momento se asoma en este breve ensayo, el concepto de competitividad del cual nos ocuparemos en la parte final de este artículo.

¿Precios altos para quién? Asistimos a un incremento de precios de muchos productos alimenticios, lo cual es percibido con cierta euforia por la “gran oportunidad” que el país tiene en materia de producción si se aprovecha “la marea alta de los precios de los alimentos en el ámbito internacional”. No obstante, esto solamente es efectivo en la medida en que los precios internacionales se muevan por encima de las estructuras de costo local, actuando como un incentivo tanto para el mercado local como para la exportación. Lo que compete es, entonces, centrar nuestro interés en por qué los agricultores no son beneficiados por esta marea alta y continúan atrapados en los tendidos comerciales, con escaso o nulo poder de negociación frente a terceros.

Junto a la dispersión geográfica y el bajo nivel organizativo de los productores, estos muestran poco poder de negociación ante los corredores y acopiadores rurales, que están muy bien organizados y articulados con los comerciantes mayoristas, los que a la vez tienen fuerte incidencia en los mercados locales y regionales. Se repite, para el caso de los granos básicos (bienes primarios), el mismo comportamiento de la inelasticidad del los precios del petróleo, con la diferencia de que cualquier aumento en los precios beneficia más a los intermediarios (control de los mercados) los que tienen la mayor influencia sobre la cadena comercial de los alimentos, que a los productores que están en la base productiva del país. Pero dada la restringida capacidad de almacenamiento de los comerciantes y la continuada demanda de granos básicos por parte de los consumidores, no hay un problema de

escasez ficticia por razones especulativas. Antes bien, el problema real es que la demanda de alimentos no solo es creciente, sino que no es acomodada por incrementos correlativos en la oferta, y dado los precios altos, persiste la pregunta ¿Por qué los productores no aprovechan para lograr mayores ingresos aumentando su oferta?

Si observamos el comportamiento de los rendimientos y precios de los factores relacionados con la producción de alimentos, constatamos que dada la actual estructura de costos, no es claramente rentable producir más y mejor. Es importante aclarar que no es lo mismo hablar de productividad (relación trabajo y producto), ejemplo PEA/PIB y eficiencia agropecuaria, que hablar sobre el comportamiento de los rendimientos (resultado de todo proceso productivo sea magro o abundante).

Sobre este asunto paso a comentar que me llamó la atención un artículo publicado en la revista DRACMA del pasado mes de junio, el cual fue retomado según la referencia adjunta de la prestigiosa revista The Economist. En esencia el artículo afirma que el análisis marginalista no tiene utilidad o aplicación alguna para nuestros países, dado que no poseemos sistemas económicos que se caractericen de altos input (uso intensivo de materias primas y factores de producción) en los procesos de producción. Ahora bien, independientemente de que la famosa “revolución verde” de los países desarrollados, alabada por unos y criticada por otros, no trajera consigo los resultados esperados para los países latinoamericanos, no implica en mi opinión, dejar de lado la teoría y práctica marginalista como una ruta de acercamiento a toma de decisiones racionales, económicamente hablando, desde la producción de bienes y servicios agropecuarios.

Igual que en el resto de países en desarrollo, lo cierto es que nuestro país, tiene y coexisten en él modos de organización de las empresas agropecuarias con distintos niveles de tecnología donde la teoría marginal puede no sólo ser útil, sino explicar la racionalidad con que se opera desde la producción, aún en situaciones restrictivas, como en los casos en donde el campesino o agricultor utiliza niveles de insumo mínimos. Para ilustrar este análisis me remito a mi experiencia

como productor agropecuario donde he observado cómo la producción y sus costos en los últimos cinco años me han llevado a tomar distintas decisiones sobre cuánto producir, dándome las pautas para el manejo de mi propia empresa en relación con la curva de producción de leche para los distintos niveles de producción. También hemos estudiado y aplicado el análisis marginalista en otros productores y hemos llegado a las mismas conclusiones: los productores nicaragüenses están atrapados en bajos rendimientos y por ende no obtienen una mayor producción (potencial de unidades productivas) que se podría desplegar, dadas las razones de los precios de los productos (bienes agropecuarios producidos) y el de los insumos del mercado local. A continuación explico esto con mayores detalles.

Para una buena parte de los productores de leche del país el uso del concentrado ha dejado de representar una opción económicamente rentable por las razones ya expresadas anteriormente. Hasta aquí no hay nada nuevo en el asunto. Lo interesante es resaltar como los productores han ido probando con otras opciones de alimentación, lo que en economía llamamos principio de sustitución. La acción de sustitución se desarrolla todos los días, en todas las explotaciones agropecuarias del país, que para el caso de la producción de leche significa

que utilizamos la gallinaza, aprovechando los desechos de granjas de avicultura mezclada con melaza, en lugar de piensos concentrados de elaboración industrial.

La situación expuesta nos pone de inmediato en la aplicación de lo que llamamos en la teoría económica principio de sustitución, el cual luego se irá experimentando en su aplicación en las explotaciones desde quien las proporciona "ad libitum" o dosifica el suministro (pequeñas raciones hasta llegar a porciones máximas) por niveles de seguridad y por racionalidad económica. Una vez tomada la decisión de utilizar fórmulas concentradas industriales o mezclas en finca, inicia un proceso que se caracteriza por las adiciones

sucesivas en cantidades cada vez mayores de la mezcla, monitoreando el resultado en la producción de leche. He podido constatar la necesidad en uno de los dos grupos de vacas de ordeño: al usar el concentrado en niveles de mantenimiento en la ración de 2 a 4 libras promedio por vaca, la producción responde con un incremento de casi un litro de leche por vaca y así sucesivamente hasta llegar al mayor valor posible de alcanzar con las condiciones que poseo y que es potencial del grupo de vacas, pasando de 120 a 180 litros (para un grupo de 27 vacas). Es decir que se podría obtener hasta un máximo de 60 litros diarios adicionales de producto al utilizar 182 libras de concentrado.

A partir de este momento se inicia nuestro



análisis, dado que el precio de los insumos (concentrado) es de aproximadamente 300 córdobas y el precio de la leche como promedio anual es de 4 córdobas por litro (al menos en el sur de Nicaragua) lo razonable es mantenerse en aquella decisión donde el ingreso marginal sea igual al costo marginal, que en mi caso particular se ubica en un suministro entre 30 y 60m libras de concentrado (2 libras por cabeza es una razón mínima). A ese nivel se corresponde una producción aproximada entre 135 y 149 litros de leche. Cualquier decisión de aumentar la cantidad sería económicamente irracional, aunque tenga el potencial de producirlo.

En resumen, he aquí una aplicación práctica

de la teoría marginalista y que representa muy bien la racionalidad de todos los productores. Se puede tener el potencial de alcanzar una mayor producción (producir 180 litros diarios) pero se está atrapado por el precio de los factores, dadas las circunstancias actuales y de la estructura de los mercados de insumos y precios de los productos. Creo personalmente que es una ilusión que aún aumentando el precio de los alimentos se mejorarían sustancialmente los ingresos de los agricultores, ya que siempre vamos a necesitar de insumos a los cuales se les indexan rápidamente las tendencias al alza, ya sea por razones inflacionarias, de ineficiencia de otros sectores, de imperfecciones del mercado (monopolios y oligopolios), desde el precio del petróleo o sencillamente desde las expectativas.

A mi entender, tanto el gobierno como las asociaciones de productores y las agencias de desarrollo, están en la obligación de analizar de manera sistémica los circuitos productivos y logísticos y valorar su eficiencia sistémica (importancia y competitividad de las cadenas productivas). Así mismo, revisar los instrumentos comerciales y las políticas públicas sectoriales (tratados, aranceles al comercio y programas integrales). Dejar de lado estas apreciaciones, es permitir que continúe sucediendo lo mismo y que al final de la cadena alimentaria (nosotros como consumidores finales o

productores que reutilizan las materias primas alimentarias) se nos esté trasladando una parte del valor del sobreprecio de los alimentos por las razones antes expuestas. Finalmente, todo lo expresado durante este breve ensayo debe estar conectado con un buen manejo de la cuestión económica, de ahí la necesidad de contar con un gobierno con carácter, justo y responsable, capaz de transmitir tranquilidad a los mercados y de disminuir el efecto de las expectativas a través de una comunicación clara. Dicho de otra manera, puede ser que la macroeconomía esté siendo manejada sensatamente, pero no sólo hay que serlo sino también parecerlo.